

FORMAS DE LA GUERRA DE CHILE EN EL SIGLO XVI: ESCLAVITUD Y CONCIENCIA MEDIEVAL

por el PROF. TOMÁS LAGO
Director del Museo de Arte Popular

El Instituto de Altos Estudios para la América Latina, de la Universidad de París, al cual se deben publicaciones tan valiosas para el conocimiento de la historia, ha publicado esta vez un interesante libro, fruto de recientes investigaciones sobre "Guerre et Société au Chili. Essai de sociologie coloniale" (1) referente a los primeros cincuenta años de la historia de Chile, obra del joven y ya prestigioso investigador chileno Alvaro Jara.

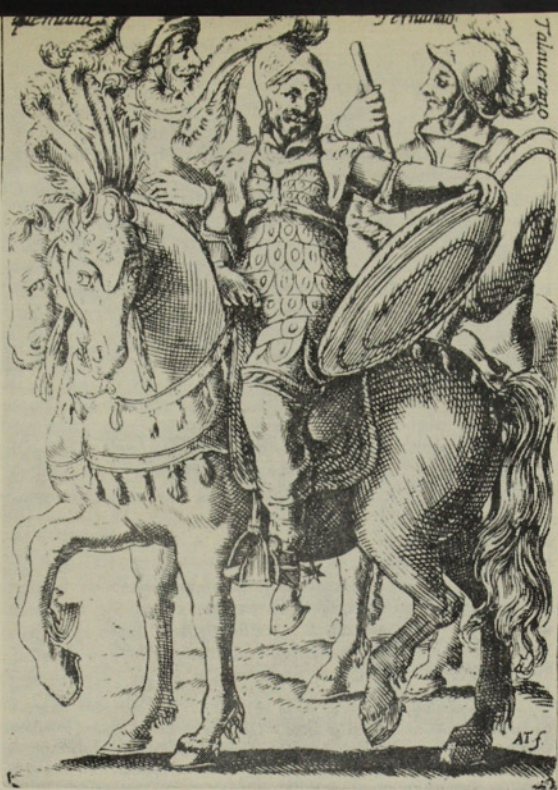
Este estudio abre una nueva perspectiva al penetrar en las brumas del siglo XVI, con un método de conocimiento que reacomoda ese mundo estático, cada vez más lejano de la conciencia moderna, insuflando nueva vida a hechos inertes que vuelven a moverse poseídos de un nuevo dinamismo de acuerdo con los valores de la época. Al decir valores nos referimos, por un lado, a los intereses inmediatos de los españoles en su empresa de guerra y conquista, lo que los impulsaba a ello, lo que limitaba su esfuerzo, sus prejuicios y negocios, la realidad cruda del Reyno de Chile, y por otro, la visión elemental de las tribus indígenas, su conciencia primitiva, los móviles directos de la vida, el valor como cualidad central del ser humano, el placer de la venganza, su desprecio de la muerte. Y sobre todo esto, la ignorancia de estos dos mundos que se desconocían entre sí, incapaces de la menor comunicación entre ellos mismos.

Examinando los factores determinantes de las dilatadas guerras de Chile, el autor plantea concretamente el concepto que los araucanos tenían acerca de los conquistadores. Su fuerza irreductible en la lucha estaba en las nociones del mundo natural que los poseía, pues el indio no comprendió nunca, en su justa dimensión, el poder del enemigo a causa de su reducido horizonte geográfico. Su *habitat* estaba entre los grandes ríos, la cordillera y el mar; eran recolectores de frutos y cazadores a flecha. ¿Quién podía penetrar en esta patria tribal que ellos conocían palmo a palmo como la tierra de sus mayores? Sólo las incursiones de las bandas enemigas procedentes de las pampas agrupaban a los valerosos toquis para la defensa común. Del mismo modo los bárbaros extranjeros españoles serían exterminados, se comerían sus caballos y matarían a sus cobardes prisioneros en el *cahuin* ceremonial.

Juzgaban por lo que veían, su juicio era directo y no iba más allá del mundo natural en que se movían aparte de los poderes mágicos a los cuales temían. El Imperio colonial español en todo su poderío era un concepto inabarcable para ellos.

(1) Alvaro Jara. "Guerre et Société au Chili. Essai de sociologie coloniale". Travaux et mémoires de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine. Université de Paris. 1961.
Traduction et notes de Jacques Lafaye.

Juan Jaraquemada, D. Lope de Ulloa y Juan Tala, vorano, gobernadores del Reyno de Chile y soldados de la conquista (según Alonso Ovalle, 1644)



Ahora bien, este ensimismamiento del indígena no era característica exclusiva de los araucanos, pues el español de la conquista, a su manera, era también un ser de mentalidad cerrada en los límites del imperio y la contrarreforma con profundas raíces medievales. ¿Cómo veían a los indígenas? De varias maneras según los prejuicios de cada cual: como seres irracionales, como seres endemoniados, como simples vasallos de su Majestad en rebeldía. Es impresionante al respecto constatar a través de los testimonios directos dejados por los cronistas, capitanes de guerra y misioneros, el desajuste de estas dos realidades, la falta de contacto que había entre ellas. Se estaban mirando pero no se veían, se tocaban sin saber quiénes eran los unos y los otros.

En este vacío se dispone la historia de la conquista en sus posiciones beligerantes. A ratos los sucesos adquieren un dramatismo que derivaría hacia lo grotesco si no fuera por los términos sangrientos en que se realiza. Las ceremonio-

Las fórmulas del antiguo derecho español aplicadas a los indios de guerra de Arauco es un ejemplo. Al margen del libro comentado recordamos al respecto el relato del padre Rosales sobre la llegada al país del Gobernador Merlo de la Fuente, hombre de derecho más que de armas, cuando en 1610 pasa al Bio-Bío y se mete a Lebu tratando de descubrir el próximo alzamiento indígena. Hay que imaginarse a este doctor buscando intenciones de acuerdo con los dogmas de la contrarreforma. Con las leyes en la mano condena a muerte a cinco caciques que no entienden nada de lo que pasa. Para estigmatizar su infidelidad, de acuerdo con los textos, esparció sal sobre las rucas de los rebeldes a fin de señalar que quedaban condenados a la consunción y la esterilidad para siempre. Por su parte los indígenas, para quienes la sal era un lujo refinado, se la comieron regocijados sin entender en absoluto lo que estaba ocurriendo. Cuando supieron los caciques que serían degollados, conociendo la avidez y la lujuria de sus enemigos, ofrecieron, a cambio de sus vidas una barra de oro y una mujer hermosa. El doctor Merlo, ofendido como un personaje de "El Cid", les endilga un discurso sobre la justicia humana y divina imposible de traducir en lengua mapuche. Es un diálogo en dos niveles, la torre de Babel.

¿Qué sentido tiene todo esto?

Pues, para explicarse tal desajuste de la historia, Alvaro Jara, autor de "Guerre et Societé au Chili", ha seleccionado una serie de testimonios estrictamente calificados que luego utiliza en un nuevo examen de los hechos. El criterio aplicado es fecundo y en este caso ha sido llevado hasta sus últimas consecuencias.

Entre los puntos sobresalientes tratados por el autor están la estructura social de los pueblos americanos, la organización de las fuerzas de guerra por ambas partes y la economía que sustenta la vida de la época. Son 217 páginas de un esfuerzo concienzudo en el cual, razones bien calibradas y decantados acontecimientos, van modelando un cuerpo dialéctico consistente.

La inacabable contienda de Arauco duró prácticamente desde la llegada de los españoles al país, a mediados del siglo XVI, hasta bien pasada la segunda mitad del siglo pasado. Se han dado muchas explicaciones sobre este extraño fenómeno incomprensible para los mismos españoles peninsulares. ¿Cómo, esta zona no muy poblada de Chile, pudo resistir durante tanto tiempo la acometida de las armas europeas? Fue una cruenta lucha, fragmentada apenas por vagos periodos de paz, incesantemente interrumpidos a causa de nuevos alzamientos de las tribus que nunca aceptaron la entrega de su suelo a los invasores, de tal manera que su larga resistencia convirtió al pueblo araucano en un símbolo del valor indomable, emblema romántico de la libertad de las naciones.

Es lo primero que se ve mirando desde afuera el caso y así lo percibió el poeta don Alonso de Ercilla y Zúñiga al escribir su canto épico sobre el tema. Pero debajo de esta representación caballeresca, de canto inmortal, había una crónica viva bulle, protagonizada por seres reales, había el transcurso humano de los elementos en discordancia, obedientes cada cual a una órbita distinta, había problemas militares y domésticos, económicos, de subsistencia, en fin, para llevar la guerra, que inciden en su prolongación indefinida.



"En medio pu-
sieron al sol-
dado que traje-
ron lido para el
sacrificio"...
(Ilustración de
la época sobre la
ejecución de un
mancebo español
en Arauco, se-
gún Francisco
Núñez de Pine-
da Basquián,
"Cautiverio fe-
liz". Archivo
Nacional, col.
Fondo Antiguo,
vol. 37). Re-
producida en
"Guerra et so-
cieté au Chili"

En oposición a las dilatadas guerras de Chile sorprende la rapidez con que se hizo la conquista de México y Perú. Pues el autor de este interesante estudio plantea las diferencias fundamentales en ambos casos. En el Perú, particularmente, se había llegado a una unidad territorial de gran aliento, regida por una unidad central muy poderosa. La solidez de esta unidad estaba en el régimen de trabajo y prestaciones de servicio, de las diversas clases sociales, de acuerdo con su edad, lo cual producía un excedente de bienes de consumo pertenecientes al Estado. En cambio,

en Chile, más allá del Maule —hasta donde llegó la colonia peruana— sólo era posible encontrar una agricultura embrionaria que no alcanzaba a satisfacer todas las necesidades de los habitantes, agrupados en tribus, la mayoría de las cuales vivían aún de la recolección de frutos naturales, la caza y la pesca. Carecían de vínculos sociales al margen del núcleo familiar y sólo se unían en caso de peligro común.

La rápida conquista del Perú, por lo tanto, se explica —dice el autor— por esta estructura social, pues al reemplazar al grupo dominante por otro —el inca y la nobleza quechua por el virrey español y los capitanes de la conquista— el resto del cuerpo nacional, al mantener sus caracteres de clase, seguía funcionando en su mismo plano de siempre. Se había suplantado sólo la parte superior de este organismo y todo lo demás podía seguir igual.

Muy distinto era el caso del pueblo araucano, donde no había rey ni Estado, sino grupos familiares independientes que actuaban de acuerdo con sus conveniencias inmediatas, obedeciendo a jefes ocasionales, impuestos por las circunstancias. De ahí esa guerra convulsiva y lo precario de sus paces.

En la apretada síntesis de hechos examinados se plantean los rasgos más característicos de esta prolongada lucha, haciendo el autor una especie de autopsia, o más bien vivisección, de los elementos en juego. Sus puntos de vista son extraordinariamente interesantes, ya que aspiran a reconstruir en sus verdaderos términos una realidad desconocida para los historiadores del siglo pasado, demasiado absorbidos en las cronologías y la gloria de las armas para buscar más allá de las apariencias exteriores de los sucesos los resortes históricos.

Jara sitúa en el régimen señorial auspiciado por la conquista el primer eslabón de una sucesión de secuelas que habrá de llevarnos muy lejos. La campaña de conquista se organizó desde el primer momento a base de la empresa privada, esto es, no estaba sustentada por el Estado español, sino por el adelantado o jefe de la hueste levantada a su costa, el cual debía reintegrarse estos gastos por su propio esfuerzo haciendo prosperar su empresa. La venida a Chile de don Pedro de Valdivia tuvo ese carácter, y su llegada al territorio no habría podido realizarse si él mismo no hubiese sido en el Perú un encomendero lo bastante rico como para comprar caballos y hacer préstamos a los miembros de su comitiva.

Ahora bien, el carácter privado de la primera época determinó, también, la ineficacia de esas fuerzas carentes de artillería y con pocos caballos. En una concatenación de circunstancias, el autor alude a testimonios asaz elocuentes, para poner en evidencia dicha situación. Por ejemplo, era tal la escasez de armamento, en 1599, que sólo había 282 arcabuces para la defensa de cinco ciudades, de tal manera que sería inexplicable el sostenimiento mismo de la guerra si no fuese por la ayuda que prestaban los indios amigos, que en verdad eran los que realmente llevaban la parte más dura de la campaña, pues combatían, reconocían el terreno del enemigo, espían sus posiciones y estaban en constante movimiento. Es curiosa esta visión reanimada del siglo XVI. Los indios de Chile luchaban contra los indios de Chile, sólo que una de estas facciones era dirigida por el grupo español trasplantado, convertido en clase señorial por obra de las circunstancias.

El soldado de Indias era un hidalgo en América, aún sin serlo en España. Pero



...le dio en la cabeza "con una porra de madera pesada, sembrada toda de clavos de herrar"... (Ejecución de un mancocho español, Pineda Bascuñán, "Cautiverio feliz", Archivo Nacional, Fondo Antiguo, vol. 37). Reproducida en "Guerre et société au Chili"

este noble de nuevo cuño suele verse muy mal tenido en Chile a causa de las malas condiciones en que debía sostener sus empeños. Los sacrificios eran muchos y los provechos demasiado escasos, obtenidos de tribus pobres y errantes. Desde los primeros tiempos los vecinos de Santiago debieron contribuir por obligación a abastecer el ejército de guerra, pero ya pacificado el centro de Chile, los santiaguinos convertidos en colonos fueron cada vez más renuentes a proporcionar esa ayuda que representaba los mejores rendimientos de sus siembras y ganados, al punto de

afectar el desarrollo mismo de la conquista de Arauco. Los soldados profesionales, sobre todo algunos venidos de Flandes, sufrieron especialmente tal situación, pues no lograban devolver las sumas recibidas en préstamo, para equiparse y mantenerse. En un momento determinado era tal su pobreza que carecían de las prendas más indispensables de vestuario, calzas, sombreros y camisas.

A todas luces la guerra feudal no funcionaba ya en 1572. El Virreinato del Perú —en contra de todos sus principios— se vio obligado, entonces, a autorizar alguna ayuda para esta desastrosa campaña, en vista de que el Reyno no tenía medios para su defensa, en circunstancias que sus dilatadas costas eran fácilmente accesibles a los corsarios ingleses.

Así estaban las cosas a fines del siglo XVI, cuando estalló la gran insurrección que acabó de momento con toda la conquista tan trabajosamente elaborada, arrasando sus "ciudades" y fuertes instalados más allá del río Bío Bío. Es impresionante el cuadro que surge en el momento: soldados semidesnudos y hambrientos, miseria y crueldad inútil, indios vestidos de españoles, y españoles desnudos como los indios. Mantener la guerra parecía un problema insoluble y las medidas que se tomaban no eran más que paliativos. Sólo se habían conseguido estímulos ocasionales, cuando hacía falta, en verdad, un presupuesto estable. A los soldados españoles que venían de otras partes de América se les acordó una prima de 200 pesos de plata "si tenían arcabuz", si no lo tenían, solamente 50.

El libro de Alvaro Jara es extremadamente acucioso en lo que respecta al equipo y mantenimiento de las huestes militares, siguiendo paso a paso sus vicisitudes desde los primeros tiempos, cuando constituían una empresa privada hasta los albores del siglo XVII, a medida que se van transformando, paulatinamente, en ejército estatal por imposición de las necesidades tácticas y políticas del Imperio español. Cifras y datos exactos acompañan la exposición circunstanciada de su texto, y vale la pena seguirlo en su itinerario, fruto de un meditado criterio histórico. Pues, las expediciones solamente lucrativas de los primeros años fueron interrumpidas con la entrada en escena del Gobernador Alonso de Ribera, soldado de carrera llegado de Flandes, el cual encontró que el ejército de Chile tenía "todos los vicios que emanan de la caballería", esto es, mezcla de privilegios y falta de medios; se desplazaban con un verdadero séquito de servidores yanaconas que arrastraban trastos, provisiones y mujeres. A la larga, un desfile lento y vulnerable.

Lo primero era solucionar su abastecimiento regular, para lo cual debió crear industrias en el país como la única manera de resolver económicamente el problema. A su esfuerzo se debe la instalación de tejedurías de paño en Melipilla, curtiembres en Santiago, el montaje de un molino —antes a la tropa sólo se le daba una ración de trigo— manufactura de sombreros, sillas de montar, cuerdas para arcabuces, siembras en Quillota, y, por primera vez, la creación de un hospital de sangre, indispensable para una fuerza de guerra medianamente organizada, como corresponde a un ejército estatal, lo que define la nueva situación. En efecto ya los encomenderos de Santiago cansados de la guerra que les decomisaba anualmente lo mejor de sus esfuerzos, apenas sí contribuían a mantenerla; en adelante pudieron respirar liberados en gran parte de estas obligaciones. Ribera se preocupó de la

seguridad de todo el territorio, dejando en segundo término las expediciones lucrativas: creó la frontera de guerra en la línea trazada por el río Bio Bio.

Pero el sometimiento de los indios no progresó por eso.

El autor de "Guerre et Société au Chili" ha ido poniendo de lado todas las razones útiles para una explicación del persistente fenómeno. Decididamente Arauco era un hueso difícil de roer. Por cédula de 1600 el monarca, convencido de que el problema no era sencillo, dispuso una ayuda a Chile de manera más estable, acordando la suma de 60.000 ducados anuales por un periodo de tres años.

Lo cual tampoco bastó para lograr una solución de continuidad. Las acciones de armas como los parlamentos y las paces eran como escritura en la arena, que el viento se llevaba sin dejar rastros. Subsistía una falta total de entendimiento entre las fuerzas en lucha que no lograban establecer un plano común para moverse. La trágica muerte del Gobernador Oñez de Loyola marcó el peor momento de este estado de cosas. Los vecinos de Santiago, abrumados, se consultaban entre sí tratando de desentrañar el porvenir de la colonia. Se recurría a los letrados, teólogos y altos prelados de la Iglesia. Era necesario obtener un mayor respaldo de la Corona, y los más diversos criterios se aplicaban sucesivamente a la cuestión. Unos abogaban por una política fuerte en extremo, sin consideración alguna hacia los bárbaros, no habiendo tenido efecto las más crueles como aquella de romperle los pies a las presas para que no escapasen; algunos aceptaban la fuerza, pero ejercida respetando los principios canónicos, de acuerdo con la conciencia del siglo XVI. La eterna lucha entre lo real y lo ideal.

Mientras tanto los hechos cuentan. La falta de recursos económicos dio patente de legitimidad, en la emergencia, al tráfico de prisioneros, vendidos como esclavos, como un medio de financiar la guerra. Los españoles en lo militar adoptaron la táctica indígena de la **maloca** como más eficiente para atacar al adversario: la **maloca** es ataque por sorpresa al campo contrario con objeto de pillaje y exterminio. Pero las derivaciones de todo esto no se preveían. Los indios en adelante sembraron trigo y cebada en lugar de maíz, que maduran antes del verano cuando venían a **maloquear** los españoles, y en vez de pelear quemaron sus sementeras con lo cual hacían más daño a los invasores. El ejército se convirtió en una verdadera máquina de cazar esclavos: un hombre valía 100 pesos y las mujeres y los niños, más asimilables, valían más de 200. Pero de aquí también surgió un uso indebido de esta práctica merced al **status** racial en juego: se traspasaron y vendieron igualmente los indios cristianos de servicio.

En este complejo mundo de usos e intereses, Alvaro Jara va hincando un instrumento agudo que deja en claro el verdadero tejido visceral de la guerra de Arauco.

¡Cuántas veces no se ha aludido al verdadero alcance que tuvo la esclavitud en la conquista de Chile, llevada y traída por las filosofías del momento que la negaban, la repudiaban o la justificaban! Nada es más elocuente, sin embargo, que asomarse al hecho en sí, presentado por el historiador objetivo en su fuente de origen. Más que todos los razonamientos y digresiones sobre la materia nos dice el texto mismo de Melchor Calderón sobre "Tratado de la importancia y utilidad que hay en reducir a la esclavitud a los indios rebeldes de Chile", leído solemnemente en la Catedral de Santiago y que serviría más tarde, sin duda, a Felipe III para autorizar

la esclavitud. Es una síntesis del espíritu reinante en el momento, compartido por los capítulos de las principales ciudades, aparte de la capital, Concepción, Chillán y La Serena, como asimismo por ex gobernadores, prelados y militares.

El informe de Calderón tiene dos caras, desde luego, que el autor de "Guerre et Societé au Chili" pone bien a la vista, a fin de proporcionar al lector todos los elementos de juicio que rolan en el asunto. La esclavitud se justificaba por razones poderosas, a) daría un beneficio económico a los soldados, interesándolos en la guerra, b) sería escarmiento para los rebeldes, c) se aliviarían de trabajo los indios leales, y, d) quedando libres de afanes los indios de servicio, aprenderían oficios de herreros, carpinteros, etc., que hacían mucha falta en la colonia.

Era lo que convenía hacer como más útil. Pero había que borrar los escrúpulos de conciencia y era necesario, además, justificarla, aplicándola como un castigo contra delitos precisos y pecados mortales contra la iglesia. El "Tratado", pues, pedía la esclavitud para los indios por haber dado muerte a 2 gobernadores, a muchos hermanos y religiosos, por vestirse con ornamentos sacerdotales y profanar los sagrados cálices bebiendo en ellos, por moler grano en los altares, comer carne humana de españoles y beber sus huesos en polvo. En alguna parte agregaba, a manera de corolario, para robustecer su tesis, que en la esclavitud los indios rebeldes se instruirían en la fe.

Como se ve, es todo un cuadro de época donde aparecen los peligros que amenazaban a la colonia naciente, las necesidades elementales de esta nueva sociedad carente de artesanos y productos elaborados, el mantenimiento de la conquista, y también los problemas espirituales. ¿Qué sucedió después?

Derivaciones de la cédula real dieron lugar a muchas y nuevas dificultades: el exceso de indios esclavos en sitios sin defensa militar era un peligro; los encomenderos de Santiago se desinteresaron definitivamente por asistir a la guerra al no tener que ir ellos mismos a buscar los esclavos que necesitaban para sus labores, pudiendo comprarlos o trocarlos sin moverse de la capital.

Los jalones cumplidos que paso a paso va mostrando el autor en su apretado, insólito y bien realizado trabajo de investigación sobre la segunda mitad del siglo XVI en Chile, hasta 1612, son gradaciones de desarrollo para concretar el diseño más fiel de ese tiempo, y representan un bien logrado esfuerzo llevado a cabo con el método más riguroso. Debemos agregar, finalmente, que "Guerre et Societé au Chili", del profesor Alvaro Jara, es el comienzo de una revisión en vasta escala de la historia de Chile, como lo expresa el autor en la Introducción, constituyendo la base para seguir profundizando el período siguiente, cuando la esclavitud indígena alcanzó su mayor desarrollo, hasta extinguirse por último. Su esquema es revelar los cambios que experimentaron las formas de la guerra, dentro de la transformación de una sociedad, particularizada, en virtud de determinadas exigencias y necesidades imperiosas.

Es, por el momento, la más importante contribución a los estudios históricos salidos de la Universidad de Chile, con el apoyo de la Fundación Rockefeller, y el hecho de que aparezca publicado —en francés antes que en su lengua de origen— por el Instituto de Altos Estudios de la América Latina, de la Universidad de París, le añade un particular interés para los especialistas.